

hombre se mueve, y no se mueve. Es ver en cinematógrafo la misma experiencia que hace diez y siete siglos hacía ya el escéptico griego Sextus Empíricus.

Para terminar estas noticias, advertiré que si la vulgarización de la Relatividad ha llegado también en Francia al «cine», la Filosofía está en el último libro de Bergson editado por Alcan: «Durée et simultanité a propos de la théorie d'Einstein». Cuando estuvo en París Einstein y asistió a una sesión de la Sociedad de Filosofía, se negó a meterse en metafísicas y a observaciones de Bergson, contestó limitando su pensamiento en el es-

pacio físico. Bergson, que siempre ha pasado por ser un filósofo muy al tanto de las ciencias físicas, y que conoce la relatividad mejor que la mayoría de los físicos y matemáticos franceses, siguió pensando filosóficamente en la Relatividad. Su libro no trata sólo de dar posibilidades a la teoría de Einstein en la filosofía bergsoniana, sino de verter, de disolver en la metafísica tradicional las tres audacias físicas de Einstein: la pluralidad del tiempo, la dislocación de la simultaneidad y la contracción longitudinal de los cuerpos en movimiento.

París y noviembre.

(El Sol. Madrid).

El cadáver

Por HORACIO QUIROGA

CUANDO a un hombre se le fuerza día a día a entrar en un templo vacío, conminándolo a que halle en él su ideal, y se le aturde con nubes de incienso y se le sacude del hombro, gritándole al oído: «¡Esos son tus dioses! ¡Adóralos!», llega un instante en que ese hombre se rebela y grita a su vez con todas sus fuerzas: «¡Mentira! ¡Este templo está vacío!»

Tal es la situación de los ingenuos de 1914, de los infinitos desengañados de la guerra y su incienso editorial, que un día pusieron su corazón en la acción edificante de los cañones.

—«A la guerra se la mata con la guerra»—se les dijo.—«Sobre las ruinas de la opresión, del militarismo y de la mala fe, erigiremos el nuevo mundo de la verdad, del trabajo y de la justicia».

Veamos ahora la impresión de esos ingenuos—de todos nosotros,—ante el flamante edificio.

El nuevo mundo erigido tuvo el triste e inesperado privilegio de dar un vuelco al corazón de los hombres de que hablamos, transformándolos de aliados en la guerra, en germanófilos en la paz. No influyeron en este cambio de frente afinidades de raza, ni de cultura, ni siquiera por despecho de niños que solicitaron la luna. Nuestra ingenuidad no alcanza a tanto. Pero sí alcanza hasta exigir lo que se nos prometió, y no como a jovencuelos desencantables, sino como a hombres.

Por estas promesas, y exclusivamente por ellas, nos pusimos de parte de los luego vencedores. Para arrastrarnos embriagados desde el principio, no se nos llevó a las fuentes de la industria y el comercio nacionales en peligro. No se nos enseñó en las fábricas las baratijas de exportación,

ni se nos mostró en el mapa la expansión africana y la cuenca del Sarre. Bien anduvo el bloque aliado, pues no nos hubieran cogido con estas pingües y frías necesidades.

Se nos habló de la libertad, de la fraternidad, del ideal de un nuevo mundo, mientras se nos señalaba del otro lado la confiscación del trabajo y la tiranía moral.

Como se conquista con una bella poesía a jóvenes impresionables, soñadores e inútiles, se nos sedujo con grandes palabras de infalible efecto: Libertad de los pueblos chicos, Liberación del Pensamiento, Abolición del Privilegio—demostrando con ello que a despecho de las fronteras y los himnos, hay una generosidad universal capaz de enardecer a jóvenes, viejos y eternos soñadores de las cinco partes del globo.

Pues bien; en nombre de este ideal pedimos cuenta a los que nos estrujan los hombros ante el templo vacío: ¿Libertad?... ¿Igualdad?... ¿Fraternidad?...

Nadie responde. Pero detrás de Polonia se nos muestra con el dedo un pueblo gestando entre sangre y

congojas su propio ideal, diciéndonos: «¡Esos tienen la culpa! ¡Ellos nos lo impiden!»

¡No es cierto! Ignoramos, como todos lo ignoran, lo que pasa en realidad del otro lado del Vístula. Sólo sabemos que se debate allí un formidable problema en pro de aquello mismo que el occidente nos ofreció y adelantó en bellas poesías. Nada nos alcanza aún de su solución ni nos desvela el preverlo, porque su solo planteamiento basta para nuestra terrible sed, como basta para que en los siglos futuros se juzgue por él solo a la revolución rusa.

Si apenas conocemos los ocultos resortes de sus sangrientas y hambrientas dificultades, sabemos en cambio muy bien lo que pasa tras la frontera del Oeste; pues para mayor desastre de la guerra, la pobreza económica de Rusia se ha transmutado en el occidente en profunda miseria mental.

Como en un rebaño enloquecido de hambre, se alza para contenerlo el grito incesante de sus guardianes: «¡Al lobo! ¡Al lobo!» El lobo tiene demasiado qué hacer, desangrándose por las heridas que se ha inferido él mismo para llegar a ser un hombre.

¡Derechos del hombre!... Para juzgar a los cinco años de iniciado, la trascendencia de un acto de esta suprema naturaleza, no vale la pena guardar caliente en el corazón el recuerdo de aquel otro gran lobo del 93.

La revolución rusa no es el Soviet, ni su organización, ni su ejército, ni sus tremendos yerros. Tras la bruma de sus fronteras, están gritando por encarnar los mismos ideales que el bloque nos adelantó en sonoras palabras. La sangre de diez millones de hombres muertos estérilmente en la guerra, no ha fecundado nada semejante al arbolillo de ideal que pugna por florecer en el hilo de sangre de la estepa.

«El ideal—nos dicen más allá—vendrá de las razas privilegiadas».

¿Qué razas? La latina no tiene ya vida para gestar un ideal superior a su pequeña diplomacia. Nada espera-

Si desea usted calzado fino y elegante pase a la

Zapatería ROMERO

Situada 75 varas al Oeste de la Botica Francesa

Teléfono 302

Será atendido personalmente por su propietario